

—¿Estás contenta, rica mía?—dijo á Isabel terminando.—¿Qué crees que deba yo ser algún día, la señora Crevel ó la señora Montes? ¿cuál es tu opinión?

—A Crevel, que es un libertino, no le quedan á lo sumo más que diez años de vida—respondió Isabel,—mientras que Montes es joven. Crevel te dejará unos treinta mil francos de renta. Que Montes espere y que se dé por contento siendo el Benjamín. De este modo, querida mía, á los treinta y tres años conservándote hermosa, puedes casarte con tu brasileño y desempeñar un gran papel con sesenta mil francos de renta propia, sobre todo *protegida* por una mariscala.

—Sí, pero Montes es brasileño y no llegará nunca á ser nada—advirtió Valeria.

—No—dijo Isabel,—estamos en una época de ferrocarriles en que los extranjeros acaban en Francia por ocupar grandes posiciones.

—Ya lo veremos cuando Marneffe esté muerto. Creo que no le queda mucho tiempo que sufrir—repuso Valeria.

—Esas enfermedades que se le presentan son como los remordimientos del físico—dijo Isabel.—Bueno, me voy á casa de Hortensia.

—Sí, anda, ángel mío, y tráeme á mi artista—respondió Valeria. ¡No haber podido ganar en tres años ni una pulgada de terreno! Eso es una vergüenza para las dos. Wenceslao y Enrique, esas son mis dos únicas pasiones. El uno es el amor, y el otro el capricho.

—¡Qué hermosa estás esta mañana!—dijo Isabel abrazando á Valeria y besándola en la frente.—Yo gozo de tus placeres, de tu fortuna, de tu lujo, y sólo vivo desde el día en que nos hicimos hermanas.

—Espera, hermosa mía—dijo Valeria riéndose;—llevas el chal torcido. A pesar de mis lecciones, al cabo de tres años aun no sabes llevar un chal, ¿y quieres ser la mariscala Hulot?

CAPITULO XXI

Lo que hace los grandes artistas

Calzada con borceguíes y medias de seda gris, y vestida con un magnífico traje de seda y una bonita capota de terciopelo negro forrada de satén amarillo, Isabel se fué á la calle de Saint-Dominique por el bulevar de los Inválidos, preguntándose si el desaliento de Hortensia la haría dueña al fin de aquella alma viril, y si la inconstancia sármata sorprendida en un momento en que todo es posible á esos caracteres, acabaría por vencer el amor de Wenceslao.

Hortensia y Wenceslao ocupaban el piso bajo de una casa situada en el lugar en que la calle de Saint-Dominique desemboca en la esplanada de los Inválidos. Aquella habitación, que estuvo antes en armonía con la luna de miel, ofrecía en este momento un aspecto medio fresco, medio ajado, que sería preciso llamar el otoño del mobiliario. Los recién casados son malbaratadores y gastan sin saberlo ni quererlo las cosas que les rodean, del mismo modo que abusan del amor. Llenos de confianza en sí mismos, piensan poco en el porvenir que preocupa más tarde á la madre de familia.

Isabel encontró á su prima Hortensia en el momento en que ella misma acababa de vestir á un pequeño Wenceslao que había sido llevado al jardín.

—Buenos días, Bel—dijo Hortensia, que fué á abrirle la puerta á su prima.

La cocinera había ido al mercado, y la camarera, que hacía á la vez de niñera, estaba haciendo una jabonada.

—Buenos días, hija mía—respondió Isabel abrazándose á Hortensia.—Oye, ¿está Wenceslao en el taller?—le preguntó al oído.

—No, está en el salón con Stidmann y con Chanor.

—¿No podríamos estar solas?—preguntó Isabel.

—Ven á mi cuarto.

Aquel cuarto tendido de seda persa de fondo blanco y con flores de color de rosa y follaje verde estaba un tanto pasado, lo mismo que la alfombra, á causa de haber sido herido constantemente por los rayos del sol. Hacía tiempo que las

cortinas no habían sido lavadas y se sentía allí el olor al humo del cigarro de Wenceslao, el cual, habiendo pasado á ser gran señor del arte y habiendo nacido hidalgo, depositaba la ceniza del cigarro sobre los brazos de los sofás y sobre las cosas más bonitas, como hombre de quien se sufre todo, como hombre rico que no tiene con las cosas el cuidado que tienen los burgueses.

—Bueno, ¿hablemos de tus negocios?—preguntó Isabel al ver á su hermosa prima muda en el sofá en que se había sentado.—Pero ¿qué tienes? te encuentro paliducha, querida mía.

—Es que han salido dos nuevos artículos en los que atacan duramente á mi pobre Wenceslao, y yo, que los he leído, los escondo, porque se desanimaría por completo. El mármol del mariscal Montcornet ha sido juzgado detestable, y sólo exceptúan los bajo relieves para alabar con atroz perfidia el talento adornista de Wenceslao, dando así mayor peso á la opinión de que mi marido no puede dedicarse al arte severo. Stidmann mismo, instado por mí á que me dijese la verdad, me ha desesperado confesándome que su opinión estaba conforme en un todo con la de todos los artistas, la de los críticos y la del público. «Si Wenceslao, me ha dicho en el jardín antes de almorzar, no expone el año próximo una obra maestra, tiene que abandonar la gran escultura y atenerse á los idilios, á las figuritas y á las obras de joyería y platería.» Esta opinión me ha causado honda pena, porque temo que Wenceslao no querrá atenerse á ella; él se siente con fuerzas y tiene ideas tan hermosas!..

—Sí, pero con ideas no se paga la comida—advirtió Isabel.—Todo mi afán era hacerle ver esto. Se paga con dinero, y el dinero no se obtiene más que con cosas hechas y que gusten bastante á los burgueses para que las compren. Cuando se trata de vivir, es preferible que el escultor tenga en su taller el modelo de una lámpara, de un cenicero ó de una mesa, que un grupo ó que una estatua, pues todo el mundo necesita aquello, mientras que el aficionado á grupos se hace esperar á veces durante meses enteros.

—Tienes razón, mi buena Isabel; dile tú eso, porque yo no tengo valor para ello... Además, como él le decía á Stidmann, si se vuelve á dedicar al adorno y á la escultura en pequeño, tendrá que renunciar al Instituto, á las grandes creaciones del arte, y nosotros no tendríamos ya los tres-

cientos mil francos de trabajos que Versailles, la villa de París y el ministerio nos tenía reservados. He aquí lo que nos quitan esos malditos artículos dictados por los competidores, que quisieran heredar nuestra clientela.

—Y no es eso lo que tú soñabas, gatita mía—dijo Bel besando en la frente á Hortensia.—Tú querías un hidalgo que dominara el arte y que estuviese á la cabeza de los escultores. Pero, ya lo ves, todo es poesía. Ese sueño exige cincuenta mil francos de renta, y vosotros no tendréis más que mil cuatrocientos mientras viva y tres mil después de mi muerte.

Al oír estas palabras, acudieron algunas lágrimas á los ojos de Hortensia, y Bel las lamió con la mirada como una gata la leche.

He aquí la historia sucinta de aquella luna de miel, cuyo relato tal vez no resulte inútil para los artistas.

El trabajo moral, la caza en las elevadas regiones de la inteligencia, es uno de los mayores esfuerzos del hombre. Lo que debe merecer la gloria en el arte, comprendiendo en esta palabra todas las creaciones del pensamiento, es sobre todo el valor, un valor cuya existencia no sospecha siquiera el vulgo y del cual tal vez sea esta la primera vez que se habla. Empujado por la terrible presión de la miseria, mantenido por Isabel en la situación de esos caballós á quienes se les pone antiparras para impedirles que miren á la izquierda y á la derecha del camino, azotado por aquella dura muchacha, imagen de la necesidad, esa especie de destino subalterno, Wenceslao, poeta y soñador de nacimiento, había pasado de la ejecución á la concepción franqueando los abismos que separan esos dos hemisferios del arte sin medirlos. Pensar, soñar y concebir obras hermosas, es una ocupación deliciosa. Es fumar cigarrillos encantadores, es hacer la vida de cortesana ocupada á su gusto. La obra aparece entonces con toda la gracia de la infancia, con el goce loco de la generación, con los embalsamados colores de la flor y con los jugos del fruto gustado de antemano. Tal es la concepción y sus placeres. El que puede trazar su plan con la palabra pasa ya por un hombre extraordinario. Esta facultad la poseen todos los artistas y los escritores. Pero ¡producir! ¡dar á luz! ¡educar laboriosamente al hijo, amamantarle todas las noches, abrazarlo todas las mañanas, lamerlo sucio y vestirlo cien veces con los trajes más hermosos! ¡sentir convulsiones

haciendo esta vida para engendrar la obra maestra animada que habla á todas las miradas en escultura, á todas las inteligencias en literatura, á todos los recuerdos en pintura y á todos los corazones en música! eso, eso es la ejecución y sus trabajos. La mano tiene que moverse á cada instante dispuesta siempre á obedecer á la cabeza. Ahora bien, la cabeza no tiene las disposiciones creadoras y de mando cuando el amor no es continuo.

Esta costumbre de crear, este amor infatigable de la maternidad que hace la madre (esta obra maestra natural, tan bien comprendida de Rafael), en fin, esa maternidad cerebral tan difícil de conquistar, se pierde con una facilidad prodigiosa. La inspiración es la ocasión del genio, y la inspiración corre no sólo sobre una navaja de afeitar, sino que está en los aires, vuela con la desconfianza de los cuervos, no tiene sitio por donde el poeta pueda agarrarla, su cabellera es una llama y se escapa como esos hermosos flamencos blancos y rosados que son la desesperación de los cazadores. Así es que el trabajo es una lucha fatigosa que temen y quieren á la vez las hermosas y potentes organizaciones que se estrella frecuentemente contra él. Un gran poeta de nuestro tiempo decía hablando de esta labor espantosa: «Me pongo á hacerla con desesperación y la dejo con pena.» ¡Que lo sepan los ignorantes! Si el artista no se entrega á su obra como Curcio al abismo y como el soldado á la brecha, sin reflexionar, y si en este cráter no trabaja como el minero sepultado bajo las ruinas de un hundimiento, si contempla, en fin, las dificultades, en lugar de vencerlas una á una, siguiendo el ejemplo de esos enamorados de hadas que para obtener á sus princesas combatían encantamientos renacientes, la obra permanece incompleta y perece en el fondo del taller, la producción llega á hacerse imposible y el artista asiste al suicidio de su talento. Rossini, ese genio hermano de Rafael, ofrece un sorprendente ejemplo de esto en su juventud indigente superpuesta á su vejez opulenta. Tal es la razón de la recompensa semejante, del triunfo semejante, del mismo laurel concedido á los grandes poetas y á los grandes generales.

Wenceslao, naturaleza soñadora, había gastado tanta energía en producir, en instruirse y en trabajar bajo la despótica dirección de Isabel, que el amor y la felicidad produjeron una reacción y el verdadero carácter reapareció. La pereza,

la mollicie, y la negligencia del sármata volvieron á ocupar en su alma los cómodos surcos de donde habían sido arrojadas por la verga del maestro de escuela. Durante los primeros meses, el artista amó á su mujer. Hortensia y Wenceslao se entregaron á las puerilidades de la pasión legítima, feliz é insensata. Hortensia fué entonces la primera en dispensar á Wenceslao de todo trabajo, orgullosa de triunfar así de su rival la escultura. Por otra parte, las caricias de una mujer acaban por eclipsar á las musas y por agotar la fuerza y la brutal firmeza del trabajador. Pasaron de seis á siete meses, y los dedos del escultor perdieron el hábito de manejar el cincel. Cuando se dejó sentir la necesidad de trabajar, cuando el príncipe de Wissemburgo, presidente del comité de suscripción, quiso ver la estatua, Wenceslao pronunció la frase suprema de los callejeros: «Voy á ponerme á ella.» Y meció á su querida Hortensia con las falaces palabras, con los magníficos planes del artista fumador. Hortensia redobló su amor hacia el poeta, pues entreveía ya una sublime estatua del mariscal Montcornet. Montcornet debía ser la idealización de la intrepidez, el tipo de la caballería, el valor á lo Murat. ¡Oh! al ver aquella estatua, se concebirían todas las victorias del emperador. ¡Y qué ejecución! El lápiz era muy complaciente, obedecía á la palabra.

Por lo que atañe á escultura, durante aquel tiempo sólo hizo un pequeño y encantador Wenceslao.

Cuando se trataba de ir al taller del Gros Caillou á manejar el yeso y á realizar el modelo, ya el reloj del príncipe exigía la presencia de Wenceslao en el taller de Florent y Chanor, donde las figuras se cincelaban, ya el día era frío y obscuro; esto sin contar con que un día negocios, otro día una comida, aparte de la pereza del talento y del cuerpo, y los días en que se retoza con la mujer adorada. El mariscal príncipe de Wissemburgo se vió obligado á enfadarse y á decirle que revocarían el acuerdo. El comité de suscriptores no pudo, pues, ver el yeso hasta después de mil reproches y de mil discusiones. Cada día de trabajo, Steimbock volvía ostensiblemente cansado, quejándose de aquella labor de albañil y de su debilidad física. Durante aquel primer año el matrimonio gozaba de una cierta holgura. La condesa de Steimbock, loca por su marido, maldecía al ministro de la Guerra y fué á verle para decirle que las grandes obras no se fabricaban como los cañones y que el

Estado debía estar á las órdenes del genio, como lo estuvieron Luis XIV, Francisco I y León X. La pobre Hortensia, creyendo tener un Fideas en sus brazos, empleaba con su querido Wencésloao la cobardía materna de una mujer que lleva el amor hasta la idolatría.

—No te des prisa—le dijo á su marido,—todo nuestro porvenir depende de esa estatua; de modo que tómalo con calma y procura hacer una obra maestra.

Hortensia iba al taller, y Steimbock, enamorado, perdía con su mujer, de siete horas, cinco, en describirle la estatua en lugar de hacerla. Así es que empleó diez y ocho meses en terminar aquella obra capital para él.

Cuando el modelo estuvo acabado, la pobre Hortensia, después de haber asistido á los enormes esfuerzos de su marido, cuya salud se resintió con ese cansancio que pesa sobre el cuerpo, los brazos y las manos de los escultores, juzgó la obra admirable. Su padre, ignorante en escultura, y la baronesa, no menos ignorante, la proclamaron una obra maestra, y entonces el ministro de la Guerra, llevado por ellos y seducido por ellos, quedó satisfecho de aquel modelo admirablemente presentado ante una tela verde. Pero ¡ay de mí! en la Exposición de 1841, la crítica, unánime, se mostró irradísima contra el artista que tan pronto había sabido formarse un pedestal. Stidman quiso desengañar á su amigo Wencésloao, y fué acusado de envidioso; los artículos de los periódicos fueron para Hortensia los gritos de la envidia. Stidman, aquel digno muchacho, logró artículos en que las críticas fueron combatidas y en los que se advertía que los escultores modificaban de tal modo sus obras entre el yeso y el mármol, que siempre se exponía el mármol. Entre el proyecto en yeso y la estatua ejecutada en mármol, decía Claudio Vignon que se podía desfigurar una obra maestra ó hacer una gran cosa de una obra mala. El yeso es el manuscrito y el mármol es el libro.

En dos años y medio Steimbock hizo una estatua y un hijo: el hijo estaba dotado de sublime belleza, la estatua fué detestable.

El reloj del príncipe y la estatua pagaron las deudas del joven matrimonio. Steimbock había contraído entonces la costumbre de frecuentar el mundo en los salones y en el teatro, y como hablaba admirablemente acerca de arte, se mantenía á los ojos del mundo como gran artista por la pa-

labra y por sus explicaciones críticas. Hay genios en París que pasan la vida en *hablarse* y que se contentan con una especie de gloria de salón. Steimbock, imitando á esos encantadores eunucos, contraía una aversión cada día más creciente por el trabajo, veía todas las dificultades de una obra al querer empezarla, y el desaliento que sentía acababa por anular su voluntad. La inspiración, esa locura de la generación intelectual, se mantenía á respetable distancia de aquel artista enfermo.

La escultura, como el arte dramático, es á la vez la más difícil y la más fácil de todas las artes. Copiad un modelo, y la obra está realizada; pero imprimir en ella una alma, crear un tipo representando á un hombre ó á una mujer, es el pecado de Prometeo. Se cuentan estos éxitos en los anales de la escultura, como se cuentan los poetas en la humanidad. Miguel Angel, Miguel Columb, Juan Goujon Fidias, Praxiteles, Policletes, Puget, Canova, Alberto Durer, son los hermanos de Milton, de Virgilio, de Dante, de Shakspeare, del Tasso, de Homero y de Molière. Esta obra es tan grandiosa, que una estatua basta para la inmortalidad de un hombre, como la de Fígaro, la de Lovelace y la de Manón Lescaut, bastaron para inmortalizar á Beaumarchais, Richardson y al abate Prevost. Las gentes superficiales (y los artistas cuentan muchas en su seno) han dicho que la escultura existía para el desnudo únicamente, que ha muerto con Grecia, y que el vestido moderno la hacía imposible. En primer lugar, los antiguos han hecho estatuas sublimes completamente veladas, como la Polimnia, la Julia, etc., y nosotros no hemos encontrado la décima parte de sus obras. Por otra parte, que los verdaderos amantes del arte vayan á ver á Florencia el *Pensador* de Miguel Angel, y en la catedral de Mayence la virgen de Alberto Durer, que ha hecho de ébano una mujer viviente bajo sus triples ropajes, y la cabellera más ondulante y más hermosa que se haya peinado jamás mujer alguna; que corran allá los ignorantes, y todos reconocerán que el genio puede imprimir al traje y á la armadura un pensamiento, del mismo modo que el hombre imprime su carácter y las costumbres de su vida á su envoltura. La escultura es la realización continua del hecho que se llamó Rafael por sola y única vez en la pintura. La solución de este terrible problema no se halla más que en un trabajo constante y sostenido, pues las dificultades materiales tienen

que ser vencidas de tal modo y la mano debe estar tan castigada y tan presta y obediente, que el escultor pueda luchar alma á alma con esa intangible naturaleza moral que es preciso transfigurar materializándola. Si Paganini, que hacía aparecer su alma en las cuerdas de su violín, hubiese pasado tres días sin estudiar, se hubiera convertido de pronto en un violinista ordinario. El trabajo constante es la ley del arte como lo es de la vida, pues el arte es la creación idealizada; así es que los grandes artistas, los poetas completos, no esperan los encargos, sino que engendran hoy, mañana y siempre. Resulta de esto ese hábito de la labor, ese perpetuo conocimiento de las dificultades que los mantienen en concubinato con las musas y las fuerzas creadoras. Canova vivía en su taller como Voltaire ha vivido en su despacho. Homero y Fídias han debido vivir de este modo.

Wenceslao Steimbock estaba en la árida senda recorrida por estos grandes hombres, senda que conduce á los Alpes de la gloria, cuando Isabel lo había encadenado en su buhardilla. La felicidad en figura de Hortensia había vuelto al poeta á la pereza, estado normal de todos los artistas, pues la pereza es para ellos cierta ocupación, es algo así como el placer de los pachás en el serrallo: acarician sus ideas, se embriagan en los manantiales de la inteligencia. Grandes artistas como Steimbock, devorados por la imaginación, han sido llamados con justicia *soñadores*. Esos tomadores de opio caen todos en la miseria, mientras que mantenidos por la inflexibilidad de las circunstancias, hubiesen sido grandes hombres. Por otra parte, estos semi-artistas son encantadores; los hombres los quieren y los alaban; parecen superiores á los verdaderos artistas tachados de presuntuosos, de adustos, de rebeldes á las leyes del mundo. He aquí por qué. Los grandes hombres pertenecen á sus obras. Su desafecto á todo y su apego al trabajo, les hacen pasar por egoístas á los ojos de los necios, los cuales quisieran verles vestidos con los trajes del petimetre, realizando las evoluciones sociales llamadas deberes del mundo. Se desearía ver á los leones del Atlas pintados y perfumados como perritos de marquesa. Estos hombres, que cuentan pocos pares y que los encuentran rara vez, caen en el exclusivismo de la soledad y se hacen inexplicables para la mayoría, compuesta, como es sabido, de necios, de envidiosos, de ignorantes y de gentes superficiales. ¿Comprenderéis ahora el papel de una mujer al

lado de estas grandiosas excepciones? Una mujer debe ser á la vez lo que había sido Isabel durante cinco años y ofrecer además al amor, el amor humilde, discreto, siempre dispuesto, siempre risueño.

Hortensia, aleccionada por sus sufrimientos de madre y agobiada por espantosas necesidades, se daba cuenta demasiado tarde de las faltas que su excesivo amor le había hecho cometer involuntariamente; pero como hija digna de su madre, su corazón se laceraba ante la idea de atormentar á Wenceslao; amaba demasiado para convertirse en el verdugo de su querido poeta, á pesar de que veía ya llegar el momento en que la miseria iba á alcanzar á su hijo y á su marido.

—Pero, vamos á ver, hija mía, no hay que desesperarse —dijo Bel al ver que las lágrimas brotaban de los hermosos ojos de su primita.—Un vaso lleno de lágrimas no bastaría para pagar un plato de sopa. ¿Qué necesitáis?

—Pues, de cinco á seis mil francos.

—Yo no tengo más que tres mil á lo sumo —dijo Isabel.— ¿Y qué hace en este momento Wenceslao?

—Le proponen por seis mil francos una obra para el duque de Herouville en compañía de Stidman. Caso de aceptar, el señor Chanor se encargaría de pagar los cuatro mil francos que Wenceslao debe á los señores León de Lora y Bridau, una deuda de honor.

—¡Cómo! ¿habéis recibido ya el importe de la estatua y de los bajos relieves del monumento elevado á la memoria del mariscal Montcornet y no habéis pagado eso?

—¡Oh! —dijo Hortensia— ¡si hace tres años que gastamos doce mil francos al año y yo no tengo más que cien luises de renta! El monumento del mariscal no le ha dado más que diez y seis mil francos. La verdad es que si Wenceslao no trabaja, no sé lo que va á ser de nosotros. ¡Ah! si yo pudiese aprender á hacer estatuas, ¡cómo manejaría el barro! —dijo extendiendo sus hermosos brazos.

Se veía que la casada cumplía las promesas de la soltera. Los ojos de Hortensia chispeaban; corría por sus venas una sangre impetuosa cargada de hierro y deploraba el tener que emplear sus energías en tener en sus brazos á su hijo.

—¡Ah! gatita mía, una muchacha juiciosa no debe casarse con un artista hasta el momento que éste tenga hecha su fortuna, y no cuando tiene que hacerla.

En este mismo momento se oyó el ruido de los pasos y de

las voces de Stidman y de Wenceslao, que acompañaban hasta la puerta á Chanor, para volver luego al lado de las dos mujeres. Stidman, artista engolfado en el mundo de los periodistas, de las actrices ilustres y de los libertinos célebres, era un joven elegante que había sido presentado ya por Claudio Vignon en casa de Valeria á instancias de ésta. Stidman acababa de romper sus relaciones con la famosa señora Schontz, la cual se había casado hacía algunos meses y se había trasladado á provincias. Valeria é Isabel, que habían sabido esta ruptura por Claudio Vignon, juzgaron necesario atraer á la calle Vanneau al amigo de Wenceslao. Como Stidman, por discreción, visitaba poco á los Steimbock y como Isabel no había sido testigo de su reciente presentación hecha por Claudio Vignon, le veía por primera vez. Examinando á este célebre artista, sorprendió ciertas miradas dirigidas por él á Hortensia, que le hicieron entrever la posibilidad de poder llegar á entregárselo como consuelo á la condesa Steimbock, si Wenceslao llegaba á hacerle traición á su esposa. Stidman pensaba, efectivamente, que si Wenceslao no fuese su compañero y amigo, Hortensia, aquella joven y magnífica condesa, haría una adorable querida; pero este deseo, contenido por el honor, le alejaba de aquella casa. Isabel notó ese malestar significativo que molesta á los hombres cuando están en presencia de una mujer con la cual se han propuesto no coquetear.

—Es muy guapo ese joven—le dijo Isabel á Hortensia al oído.

—¡Ah! ¿te gusta? Nunca me he fijado en él.

—Stidman, amigo mío—le dijo Wenceslao á su compañero al oído,—nunca molestas entre nosotros; pero hoy tenemos que hablar con esta solterona.

Stidman saludó á las dos primas y se fué.

—Es cosa hecha—dijo Wenceslao volviendo después de haber acompañado á Stidman;—pero este trabajo exigirá seis meses y es preciso poder vivir durante todo este tiempo.

—Aun me quedan mis diamantes—exclamó la joven condesa Steimbock con el sublime entusiasmo de las jóvenes que aman.

Una lágrima acudió á los ojos de Wenceslao.

—¡Oh! voy á trabajar—exclamó el artista yendo á sentarse junto á su mujer y colocándola en sus rodillas.—Voy

á hacer trabajos de batalla, una canastilla de matrimonio, grupos de bronce.

—Pero, queridos míos—dijo Isabel,—ya sabéis que habéis de ser mis herederos y que os dejaré un lindo ahorro, sobre todo si me ayudáis á casarme con el mariscal. Si nosotros lográsemos pronto esto, yo os tomaría á los dos como huéspedes en mi casa. ¡Ah! ¡qué felices viviríamos todos juntos! Por de pronto, no echéis en olvido mi experiencia y haced lo que yo os digo. No recurráis al Monte de Piedad, que es la pérdida de los miserables. Yo siempre he visto que los necesitados no tienen nunca el dinero necesario para pagar los intereses y acaban por perderlo todo. Yo puedo hacer que os presten el dinero al cinco por ciento únicamente y sin más garantía que la firma de una letra.

—¡Ah! de ese modo, estaríamos salvados—dijo Hortensia.

—Pues, hijita mía, que venga Wenceslao á casa de la persona que le sacaría de apuros á instancias mías. Es la señora Marneffe. Adulándola, pues es vanidosa como toda advenediza, os sacará de apuros con la mayor amabilidad. Ven á su casa, mi querida Hortensia, no seas tonta.

Hortensia miró á Wenceslao en la misma actitud que deben tener los condenados á muerte al subir al patíbulo.

—Claudio Vignon ha presentado en esa casa á Stidman y dice que es muy agradable—respondió Wenceslao.

Hortensia meneó la cabeza. Lo que sentía sólo puede haberlo comprendido una frase: no era un dolor sino una enfermedad.

—Pero, querida Hortensia, hay que saber vivir, porque sino, serás deportada como tu madre á un cuarto desierto donde llorarás como Calipso después de la marcha de Ulises, á una edad en que ya no hay Telémacos—exclamó Isabel repitiendo una burla de la señora Marneffe, al hacerse cargo de la elocuencia de los ademanes de Hortensia.—Hay que considerar á la gente en el mundo como utensilios que se toman ó se dejan, según sean ó no útiles. Hijos míos, servíos de la señora Marneffe y dejadla después. ¿Temes acaso que Wenceslao, que te adora, se enamore de una mujer que tiene cuatro ó cinco años más que tú y que está ajada como un libertino?...

—Prefiero empeñar mis diamantes—dijo Hortensia.—¡Oh! no vayas nunca á esa casa, Wenceslao, porque es un infierno.

—Hortensia tiene razón—dijo Wenceslao abrazando á su mujer.

—Gracias, amigo mío—respondió la joven en el colmo de la dicha.—Mira, Isabel, mi marido es un ángel: no juega, vamos juntos á todas partes, y si se pusiese á trabajar, yo sería demasiado feliz. ¿Por qué presentarnos en casa de la querida de nuestro padre, en casa de una mujer que le arruina y que es causa de las penas que matan á nuestra heroica madre?

—Hija mía, la ruina de tu padre no proviene de ahí. Lo que le ha arruinado es la cantante y después tu matrimonio—respondió la prima Bel.—¡Dios mío! la señora Marneffe le es muy útil... créelo... pero, en fin, no quiero decir nada.

—Querida Bel, tú defiendes á todo el mundo.

Hortensia fué llamada al jardín por los gritos de su hijo, é Isabel se quedó sola con Wenceslao.

—Wenceslao, tiene usted una mujer que es un ángel—dijo la prima Bel.—Quiérala usted mucho y no le dé ningún disgusto.

—Sí, la amo tanto, que le oculto nuestra situación—respondió Wenceslao;—pero á usted, Isabel, ya puedo hablarle con franqueza. Mire, aunque empeñásemos los diamantes de mi mujer, no habríamos adelantado un paso.

—Pues bien, pídale usted prestado á la señora Marneffe—dijo Isabel.—Si no logra usted que Hortensia le permita venir, venga sin que ella lo sepa.

—Eso es lo que pensaba hacer cuando me negué á ello para no afligir á Hortensia—respondió Wenceslao.

—Escuche usted, yo les quiero demasiado á los dos para no prevenirle el peligro. Si viene usted, procure cogerse el corazón con las dos manos, porque esa mujer es un demonio. Todos los que la ven, la adoran; es tan viciosa, tan atractiva, que fascina como una obra de arte. Pídale el dinero prestado y procure no dejarle el alma en prenda. Jamás me consolaría si llegase usted á serle infiel á mi prima. Aquí viene—exclamó Isabel,—no digamos nada, ya arreglaré yo este asunto.

—Abraza á Isabel, ángel mío—dijo Wenceslao á su mujer,—ella nos sacará de apuros prestándonos sus economías.

—Entonces, espero que trabajarás, ¿verdad?—dijo Hortensia.

—¡Ah! desde mañana—respondió el artista.

—Ese mañana es el que nos arruina—respondió Hortensia sonriéndole

—¡Ah! querida mía, di tú misma si no me he encontrado siempre con impedimentos, con obstáculos y con negocios.

—Sí, tienes razón, amor mío.

—Yo tengo aquí grandes ideas y quiero llenar de asombro á mis enemigos—repuso Steimbock golpeándose la frente.—Quiero hacer un servicio de mesa de estilo alemán, del siglo xvi. Arrollaré hojas llenas de insectos y pondré sobre ellas niños recostados, todo ello mezclado con quimeras nuevas, con verdaderas quimeras. Ya lo tengo pensado. Será sencillo, ligero y elocuente á la vez. Chanor ha salido maravillado... Yo necesitaba ser animado por alguien, pues el último artículo que hicieron acerca del mariscal Montcornet, me había cortado las alas.

Durante un momento del día en que Wenceslao é Isabel estuvieron solos, el artista convino con la solterona en ir al día siguiente á ver en secreto á la señora Marneffe, en el caso de que su mujer no se lo permitiera.

CAPÍTULO XXII

Artista, joven y polaco, ¿qué queráis que hiciese?

Valeria, concedora aquella misma noche de este triunfo, le exigió al barón Hulot que fuese á invitar á comer á Stidman, á Claudio Vignon y á Steimbock, pues comenzaba á tiranizarle como saben tiranizar esa clase de mujeres á los ancianos que corren de un lado á otro y van á pedir favores á aquellos que son necesarios á los intereses y á las vanidades de estas duras amantes.

Al día siguiente Valeria se preparó haciéndose uno de esos tocados que inventan las parisienses cuando quieren ostentar todas sus gracias. La joven se contempló como contempla el hombre que va á batirse sus armas y sus municiones. Ni un pliegue, ni una arruga. Valeria gozaba de toda su blancura y de toda su delicadeza. Sus lunares atraían insensiblemente la mirada. Aquellos sublimes esfuerzos, aquellos Austerlitz de la coquetería, originan modas para el amor que son adoptadas por las esferas inferiores cuando